

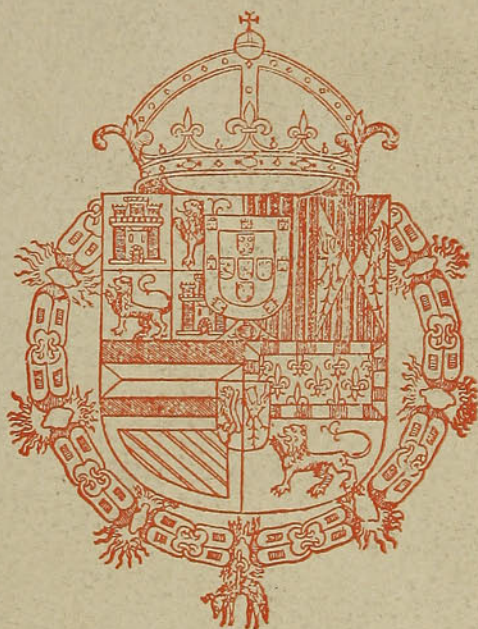
400 -
Custodia

FELIPE II Y EL ESCORIAL

POR

la Sra. Doña Martina Barros de Orrego

11(848-39)



BIBLIOTECA NACIONAL



0286244

MADRID
Artes Gráficas Langa y C.^a
1944

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección

Brech

Clasificación

11/848-391

Cutter

Año Ed.

1944

Copia

Registro Seaco

129419

Registro Notis

PAP 3090

AAP3090

FELIPE II Y EL ESCORIAL

*A nuestro buen amigo Matías Errázuriz
en recuerdo de mi madre y con todo mi cariño
Martina Barros de Orrego*

FELIPE II Y EL ESCORIAL

CONFERENCIA DADA

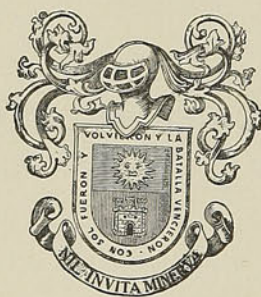
POR

la Sra. Doña Martina Barros de Orrego

PUBLÍCALA

Luis Soler Puchol

Primer Secretario de la Embajada de España en Chile



MADRID
Artes Gráficas Langa y C.^a
1944

129499

*De esta edición, fuera de venta, se han tirado **300** ejemplares, numerados del **1** al **300**.*

Ejemplar n.º **051**

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

ENVIO

*Para la Señora
Doña Martina Barros de Orrego*



ELIPE II es, sin duda, una de las más grandes figuras de nuestra común historia, y de la Historia; de quien más se ha escrito y de quien menos se ha sabido, en verdad. Durante muchos tiempos la leyenda, el drama y la novela parecen haberse concitado en su contra, volcando sobre su memoria las más bajas calumnias, las imputaciones más absurdas y repugnantes y los hechos más contrarios a la rectitud de su naturaleza y a la pureza de sus sentimientos. Todo aquello más vil y deleznable que jamás pudo inventar la fantasía humana, movida e impulsada por el despecho y la venganza, cayó sobre la Católica Majestad del gran rey, pintándonosle como un tirano despótico y sanguinario; como un padre sin entrañas y asesino; como esposo seco de pasión y ternura y como un alma insensible y fanática, incapaz de comprender y recrearse con los más puros y eternos valores del arte, la belleza y el amor.

Y esta semblanza denigrante, falsa y torpe, y hasta estúpida en su burda ruindad, deformadora del austero Monarca, forjada por Antonio Pérez, Guillermo de Orange, Abad de Saint-Réal,

Gregorio Letí, Pierre Mathieu, Motley, Brantôme, Campistron, Alfieri, Chenier, Schiller,... es la que se ha expuesto y propagado en toda clase de obras, estudios y libelos, desde aquellos que tomaban el aspecto sublime de más científicos o literarios hasta los de concepto más vulgar y ramplón, copiándose sus autores los unos de los otros, sin pudor ni decoro algunos, y por no desperdiciar el morbosos medio, la ponzoña encontró adecuado asilo aun en los mismos libros de carácter puramente religioso, como las «Verdades Eternas», de Rossignoli. Así, la falsedad y la ruindad se han perpetuado en la leyenda, y así, hasta en los poetas más preclaros y en los más altos ingenios tuvo acogida cariñosa la gran calumnia que, enseñoreándose de Europa durante siglos, marcó el perfil de España, cristalizado en la egregia figura, con trazos de tragedia y de vergüenza, de intransigencia y fanatismo.

Habíase, pues, de volver a verdad una leyenda que es mucho más bella y arrogante reducida a histórica certeza, ya que, por esta vez, la tradición quiso quitar majestad a la historia, tornando en engaño y en vileza lo que fué altísimo poema. Para adentrarse en él y tener conocimiento exacto y perfecto de este hombre extraordinario a quien Pío V ungía con el sobrenombre de «Brazo derecho de la Cristiandad», y a quien los protestantes, en su tiempo, injuriaban con los dictados de «Demonio del Mediodía», «Herodes», o «Araña de El Escorial», y para poder penetrar, en suma, en el arcano de su gran misterio, es necesario, ante todo, invadir serenamente su esfera de acción, su zona inmensa de infatigable actividad, estudiar sus costumbres matizadas siempre por la ternura más exquisita y efusiva que vertía sobre los seres por él muy amados, y, las más veces, por la fuerza de alma inquebrantable que caracterizó todos los actos de su gobierno; pesar y sopesar los documentos que nos ha legado, y compulsar los trabajos que

aún animan, en la nuestra, su vida espléndida y su magnífica obra, en las que resplandece como único postulado, que es su nimbo de gloria y su holocausto, el valor histórico de España: la defensa del espíritu universal contra el de secta.

Y he aquí, Señora, que este gesto sensible y generoso, y este cuidado minucioso y noble, suma de ideal y voluntad, lo habéis tenido en vuestra síntesis admirable, dando un mentís y saliendo al paso de la impostura que envolvía a esta excelsa figura de la Raza. Así, al través de vuestras líneas llenas de leal ecuanimidad y tierno amor a la vieja España, se desliza, recreándonos con santa emoción, la grandeza del buen rey calumniado y reivindicado, el recio temple y la valiente calma, la dulzura de su quehacer cotidiano en medio de una vida no de ensueños, sino de dolorosas realidades, sus éxtasis de fe y sus supremas sensibilidades de artista, su decidido ímpetu para los grandes esfuerzos y las rectas empresas; su genio poderoso de hombre y de soberano que, por ser el más importante de su época, hubo de soportar el ataque de todas las fuerzas creadoras de la leyenda negra, que ensombrecieron la gran verdad de su significado auténtico.

Y aún hay más en la gentileza de vuestro emocionante rasgo y en vuestra presencia de justicia, que yo quiero destacar, ya que habéis descrito y glosado con galanura y cariño ese supremo elogio y galardón grande que dejó para sí, sobre la tierra, el prudente monarca: la maravilla escurialense que, con sólo haberla concebido y legado a la posteridad, ya habría de redimirle, ante los venideros tiempos, de sus supuestos crímenes o de sus auténticos errores. Este magno Monasterio, donde todo es infinito y donde todo es eterno; relicario de la Historia, en el que está encerrada, como un viejo aroma, el alma de la Raza. Y es vuestra narración, en su belleza, como un sentimental poema; como un brazo de rosas sobre las viejas piedras, estas piedras ejempla-

res de la gloria de ayer, en que palpitan las más altas inquietudes del espíritu. El espíritu, que es lo eterno y que se puede transformar. ¡Perpetuidad de las cosas de la tierra! Casi al mismo tiempo que dejaba sus dominios en el mapa del Mundo, se alzaba sobre el polvo terrenal esta alegoría de su grandeza.

Como español y como enamorado de vuestra hidalga Patria, en la que resplandecen los valores más puros y excelsos de la sensibilidad humana, doblemente agradecido y doblemente deudor por vuestro magnífico estudio que consagra la nobleza de vuestra intención. Gracias rendidas, Señora.

B. S. P.
con admiración y respeto,
LUIS SOLER PUCHOL

San Lorenzo de El Escorial, 20 de Abril de 1944.



Felipe II

Tabla de Lucas Heere (?).

Madrid. Museo del Prado, n.º 1949, 0'41 × 0'32.

FELIPE II Y EL ESCORIAL

*Conferencia dada en el Club de Señoras de Santiago de Chile
el día 8 de Octubre de 1926.*



Los grandes hombres, como las grandes montañas, sólo pueden apreciarse contemplándolos desde la distancia y a la clara luz de días serenos.

Si miramos éstas de cerca, sólo podemos apreciar sus detalles, admirando a veces sus brillantes panoramas, molestados en otras por sus sinuosidades polvorientas o tenebrosas, sus ascensiones violentas, sus caídas abruptas; nos aterran sus abismos y todas las fragosidades de sus senderos. Sólo a la distancia nos impone la grandiosidad de su majestuoso conjunto y podemos admirar las hermosas líneas de sus altas cumbres, que elevan sus pináculos hacia el cielo.

Del mismo modo, los grandes hombres, vistos de cerca y al través de las pasiones, sólo se descubren sus flaquezas y hasta se desconocen sus cualidades, envueltas por la obscura maraña de las pequeñeces humanas.

Así se comprende que sólo ahora se comience a reaccionar en España contra las falsas y calumniosas apreciaciones del carácter y del espíritu del más grande de sus monarcas: Felipe II.

A pesar de su reconocida superioridad se le ha juzgado como un hombre despótico, cruel, vengativo, egoísta, de carácter sombrío y taciturno, mal marido, padre desnaturalizado, hasta se le han supuesto devaneos y han llegado a llamarle: el Demonio del Mediodía.

Con este falso concepto llegué a España y comencé a visitar sus grandes ciudades, sus palacios, sus museos, sus soberbias catedrales, todos los recuerdos visibles de su antigua grandeza, y poco a poco fuí descubriendo por mí misma, y fué surgiendo, por decirlo así, de sus propios monumentos, el convencimiento de que Felipe II era un hombre muy distinto de como se le pintaba, lo que me indujo a estudiar su personalidad.

En esta situación de espíritu fuí a visitar El Escorial, ese famoso monumento que encierra el Palacio del más grande de los monarcas españoles, un templo en honor de San Lorenzo, un monasterio, un colegio y el Panteón de los Reyes de España, que ha sido considerado como una de las maravillas del mundo, y sin embargo, cada visitante lo juzga a su sabor. Los más lo consideran tétrico y abrumador por su grandeza misma y sienten al visitarlo el frío de una tumba.

Estas impresiones ajenas influyeron sin duda en mi ánimo de tal modo, y esperaba ver algo tan lúgubre que llevaba la tristeza en el alma.

Del mismo modo que se impone la grandeza colosal del Imperio Romano al contemplar las ruinas del Coliseo; como al encontrarnos en la plaza y templo de San Pedro, comprendemos la magnificencia suprema del Papado, y al visitar los palacios y jardines de Versalles, sentimos el exquisito refinamiento de la Corte de Luis XIV; en presencia de El Escorial nos sobrecoge la impresión que produce este monumento que simboliza la grandeza de España, personificando al más ilustre de sus monarcas, con su exterior adusto y severo, su sencillez y grandezas soberanas y su interior, que abarca un mundo de riquezas artísticas, centros de estudios científicos, de piedad religiosa y bellezas arquitectónicas.

La primera impresión que recibí al contemplarlo fué de silencio y soledad abrumadoras. Un edificio monumental y grandioso se presentó a mi vista encajado sobre rocas en las faldas del Guadarrama. Su exterior frío y austero, de piedra gris, con grandes torres cuadradas en sus extremos, más parece una prisión que un palacio, rodeado de árboles desnudos de hojas por el invierno, con sus ventanas y su gran puerta central herméticamente cerradas, delante de una inmensa meseta de piedra y sin un alma en su derredor.

Esta es la entrada del público que lo visita, pues su fachada principal tiene tres grandes puertas. La central ostenta sobre su dintel una gran estatua de San Lorenzo y sirve de entrada al patio de los Reyes y al Templo, que está al frente y ocupa el centro del edificio; una de las laterales es la del Monasterio; que ocupa el lado derecho y la otra la del

Colegio que está a la izquierda. La del centro sólo se abre para dar paso a los reyes recién coronados y en el de su entierro y en el de los príncipes reales.

Esta inmensa mole de piedra, que hizo decir a Teófilo Gautier que después de las Pirámides éste es el más colosal trozo de granito que existe en la tierra, tan rígido e imponente en su aspecto exterior, se transforma adentro en una ciudad monumental con 22 patios, 17 claustros y 4.000 ventanas; galerías enormes con magníficos arcos de líneas admirables; su escalera principal, que conduce al segundo piso del Monasterio, con gradas de piedra de cinco metros de ancho, de una sola pieza, en cada peldaño y su cielo y murallas decoradas con pinturas maravillosas.

Las de la bóveda de esta escalera representan a la Gloria Celestial, viéndose sobre trono de nubes la Santísima Trinidad, a la derecha la Virgen María y a la izquierda ángeles que muestran los atributos de la Pasión. En frente, los santos que fueron reyes o emperadores. Debajo, San Jerónimo, con hábito cardenalicio, precediendo al Emperador Carlos V, que ofrece a la Divinidad las coronas de España y Alemania, y a Felipe II, que lleva en sus manos un globo terrestre, símbolo de sus inmensos dominios. Por el otro lado, San Lorenzo pide a la Trinidad misericordia para sus regios protegidos. En los ángulos, las Cuatro Virtudes Cardinales y en dos de los intermedios, la Majestad Real y la Iglesia Católica simbolizadas por bellísimas matronas.

Las pinturas que rodean este cielo en la parte superior de las murallas reproducen la batalla de San Quintín y otros triunfos guerreros de Felipe II y a los arquitectos que levantaron El Escorial, presentándole los planos a este monarca.

Esta gran escalera y su hermoso cielo son de un efecto grandioso.

Una curiosidad arquitectónica de este edificio es la bóveda de piedra casi completamente plana que tiene el Coro Bajo de la Iglesia. Se cuenta que Felipe II pidió que se le pusiera una pilastra al medio para mayor seguridad. Cumpliendo las órdenes del monarca así se hizo; pero al mostrarle terminada la pilastra subió el arquitecto a una escalera y pasó una hoja de papel entre la pilastra y la bóveda como prueba de su inutilidad. Se la quitó enseguida, y aquella bóveda plana se mantiene incólume desde hace cuatro siglos para admiración de sus visitantes.

La sala vecina, llamada de los Secretos, tiene la particularidad de repercutir la voz de tal manera, que la palabra dicha en voz baja en uno de sus ángulos, se oye con perfecta claridad en todos los demás de esa sala de seis metros por lado, más o menos. Pero esto no es peculiar de

esta sala únicamente. En la parte más antigua del edificio se conserva intacta la Vieja Capilla, pequeña y modestísima, que sirvió de templo mientras se terminaba el definitivo. En su único altar hay un cuadro del Ticiano, obscurecido por la pátina de los siglos, que representa a San Lorenzo sufriendo las torturas de la parrilla. De uno y otro lado del altar se conservan los túmulos de las sepulturas que encerraron los restos de Carlos V y del mismo Felipe II antes de ser trasladados a su tumba actual. En esta capilla se produce un eco tan pronunciado, que rozando levemente una moneda con otra al borde del altar, repercute, como si fueran golpes de martillo, en la sillería del coro que está al extremo opuesto, a unos treinta metros por lo menos.



El templo tiene su entrada principal por el Patio de los Reyes, así llamado por las colosales estatuas de seis monarcas del Antiguo Testamento que adornan el frontispicio del templo. Su fachada es hermosa, con dos altas torres cuadradas en sus extremos; una ancha cornisa bajo la ventana que da luz a la cúpula sostiene las estatuas de los Reyes de Judea; entre éstos, hay tres ventanas-balcones y más abajo grandes arcos sostenidos por columnas que cierran el atrio. Una majestuosa gradería desciende al patio, que tiene por sus costados altos edificios ocupados por el Monasterio y el Colegio; en el fondo, la gran puerta que sirve de entrada a los reyes, y en otro tiempo al ejército que resguardaba el Palacio, para oír misa los días de fiesta. Las baldosas que cubren este inmenso patio están dispuestas de modo que cada soldado tiene señalado el sitio que le corresponde y aquél en que deben colocarse sus respectivos jefes. La misa se decía en un pequeño altar que aún se conserva, colocado inmediatamente detrás de la puerta del balcón del medio, que domina el patio, de manera que abriéndola se descubre el altar, encima del cual hay un precioso Cristo Crucificado, en mármol blanco sobre cruz negra, obra de Benvenuto Cellini, que se destaca sobre un fondo de brocato rojo.

El altar mayor de la Iglesia es una maravilla de arte y de magnificencia. Está encajado en el fondo de una capilla a donde se llega subiendo una serie de graderías de mármol color rosa. A ambos lados y antes de subir las primeras gradas, están los púlpitos, de onix, de diversos colores, con aplicaciones de magníficos medallones de bronce con figuras de relieve de los Doctores de la Iglesia, los Cuatro Evangelistas

y los Escudos del Monasterio y las Armas Reales de España. En los costados laterales de la capilla se abren nichos que encierran, de un lado, las estatuas de Carlos V, de su esposa e hija y sus dos hermanas: Leonor, Reina de Francia y María, Reina de Hungría, arrodilladas en oración; y del otro, las de Felipe II, tres de sus esposas y su hijo D. Carlos, en la misma actitud de plegaria. Todas estas figuras son de tamaño natural, y están cubiertas con grandes mantos de corte, de bronce dorado, con dibujos y relieves de una magnificencia regia.

Este fué el sitio designado por Felipe II para sepultura de su padre, y acaso también para la suya propia. Como prueba de ello existe en el espacio vacío más próximo al altar esta inscripción del lado de la estatua de Carlos V: «Si alguno de los descendientes de Carlos V sobrepujare la gloria de sus hazañas, ocupe este lugar; los demás absténganse con reverencia». En la misma colocación, pero del lado de la estatua de Felipe II, hay esta otra: «Este lugar queda reservado por el que voluntariamente se abstuvo de ocuparle, para el más digno en virtud, de sus descendientes; de nó, permanezca vacío». Fué después de los días de Felipe II, que se hizo la cripta en que hoy reposan.

En el fondo, sobre el altar, hay un magnífico retablo con todos los refinamientos y delicadezas imponderables de esas preciosidades artísticas de las catedrales españolas. Se compone de cuatro cuerpos de columnas de distinto orden arquitectónico. El primero es de orden dórico, descansa sobre un zócalo de mármol color rojo dividido por fajas de jaspe verde, y sobre el cual se levantan seis columnas de la misma materia, que forman cinco espacios. En el del centro está el tabernáculo, preciosísima joya de estilo corintio y de forma redonda, con piedras muy finas y bronce dorados a fuego, zócalo de jaspes con fajas de bronce; ocho columnas de mármol rojo con vetas blancas, y las puertas, unas de cristal, otras de blanco alabastro. En los dos intersticios centrales, pinturas del Nacimiento de Jesús y de la Adoración de los Reyes, y en los cuatro nichos extremos están, en tamaño natural y de bronce, las estatuas de los Cuatro Doctores de la Iglesia. El segundo cuerpo es de orden jónico y tiene la misma distribución que el primero; en los espacios del centro, pinturas, y en los nichos de los extremos, de bronce y de tamaño mayor que el natural, las estatuas de los Cuatro Evangelistas. El tercero es de orden corintio y sólo tiene cuatro columnas y tres espacios, con otros tantos cuadros de Zúcaro. En los costados se ostentan las estatuas de bronce de San Andrés y de Santiago el Mayor. El último cuerpo es de orden compuesto y sólo tiene dos columnas, en cuyo fondo de mármol verde se destaca un gran crucifijo

con la Virgen y San Juan a los lados, y en los extremos las estatuas de San Pedro y San Pablo.

El Coro de la Iglesia es otra de sus joyas. La sillería es sencilla, y se muestra en un rincón la que ocupaba siempre Felipe II, contigua a una pequeña puerta disimulada en el magnífico friso de madera que lo circunda, que servía de comunicación con los aposentos del Rey. En el centro llama la atención un facistol colosal, con los enormes libros que sirven para el canto llano. Sobre un zócalo de mármol rojo y blanco arrancan cuatro pilastras de bronce dorado que lo sostienen; encima tiene cuatro bolas de bronce que soportan un templete formado por doce columnas, entre las cuales hay una estatua de la Virgen, y como remate un crucifijo de bronce. Es de un peso colosal, y lo admirable es que este coro está situado inmediatamente por encima de la bóveda plana del Coro Bajo que resiste este peso tan formidable.

En los costados del templo hay varias capillas; en una de ellas se vela el sarcófago que encierra los restos mortales de la interesante y simpática Reina Mercedes, primera esposa de Alfonso XII, quien, por no haber dejado hijos, no puede ocupar el lugar que sólo corresponde a las madres de reyes en la cripta destinada a ese objeto. Allí la vela piadosamente una lamparilla que arde día y noche.

Enseguida entré a la sacristía, que conserva en su atrio una fuente de mármol destinada a servir de lavamanos a los sacerdotes, con cañerías de agua que la surten y de desagüe para vaciarla. Regalía que demuestra el espíritu progresista de aquel tiempo, que se adelanta de tres siglos a su época.

La sacristía es una hermosísima sala muy alta y espaciosa, magníficamente decorada, llena de luz que penetra por catorce ventanas, cinco abiertas en uno de sus costados sobre el pavimento, y nueve sobre la cornisa que la rodea; en el otro costado se ve una estantería baja y cerrada que guarda las vestiduras sagradas. Sobre ella cuelgan cuadros de pintura de los más famosos artistas españoles, y en el fondo se destaca la magnífica tela de Coello: «La Sagrada Forma», colocada entre lujosas columnas y con una mesa de altar al pie. Esta tela reproduce el interior de la Iglesia y la procesión celebrada al trasladarse allí la Santa Forma. El Rey y su Real familia se encuentran arrodillados, el sacerdote da a adorar la Custodia, y la comunidad entona cánticos de alabanza. En lo alto se ven ángeles y se representan las virtudes. La Iglesia que allí se reproduce con sus magníficas arcadas, su cielo maravilloso y su extraordinaria perspectiva, el aire, la luz, el ambiente, tienen tanta realidad, las figuras del primer término se destacan con tanta vida, que la ilusión es completa, y al penetrar en la sacristía, parece que aquélla fue-

se la entrada del templo mismo. A uno y otro lado de las columnas que encuadran esta tela hay dos puertas admirablemente talladas, con incrustaciones de carey y bronce, de igual manera que un león con cetro y globo que corona cada uno de los dinteles. Todo es de un lujo refinado.

Pasando por una de estas puertas se entra a una pequeña pieza que está detrás del cuadro de Coello, en donde se guarda una enorme Custodia asentada sobre una peana cuajada de brillantes y remata en una cruz de brillantes y rubíes, destinada a encerrar la Sagrada Forma en las grandes solemnidades de la Iglesia.

Las salas capitulares están llenas de cuadros del Ticiano, el Veronese, el Greco, el Buen Pastor, de Ribera, que es lo que más me gusta de este artista; algunos de Velázquez; el Descendimiento, de Van der Weyden y hasta de Goya.

Luego bajé por estrechas y sombrías escaleras hasta encontrarme con una reja de dos hojas de bronce dorado, sobre la cual, una lápida de mármol negro con letras de bronce, indicaba que estábamos en el recinto donde descansan los restos de los reyes de España. Seguí descendiendo por lujosas graderías de mármol y de jaspe, lo mismo que las paredes, y luego una puerta de bronce nos introduce al soberbio Panteón de los Reyes. Es una sala ochavada, con pavimento de mármol y jaspe, con murallas de lo mismo, pilastras con bases y capiteles de bronce y sobre ellas una soberbia cornisa dorada que rodea el recinto y sostiene la cúpula, de la cual pende una magnífica lámpara. Al frente de la entrada está el altar de mármol negro con el Cristo de Velázquez en bronce, sobre una cruz también de mármol negro. El delantero del altar es de bronce calado y representa el «Entierro de Cristo». Es obra de los legos de El Escorial. Entre columnas, e incrustadas en los muros, están las urnas funerarias en mármol gris, sostenidas por garras de león de bronce dorado, donde duermen su último sueño, de un lado del altar los reyes, y del otro sus respectivas esposas, madres de reyes. Sólo quedan vacías una urna para rey y dos para reinas, destinadas a Alfonso XIII, su esposa y su madre.

Todo allí es suntuoso, de una riqueza extraordinaria, solemne y grandioso; pero no puedo soportar esa estantería de sarcófagos, que comienza con el de Carlos V, sigue con Felipe II, y continúa en igual forma para todos sus sucesores. Cuánto más justiciero y conmovedor me pareció el modo de honrar la memoria de los Reyes Católicos en la Catedral de Granada. Un magnífico mausoleo los reúne a ambos en la parte superior de la capilla que les está destinada, y otro igual, y acaso más hermoso, reúne las estatuas yacentes de doña Juana la Loca y su

esposo, Felipe el Hermoso, encerrados por una alta verja de hierro y bronce, con escudos y figuras tan delicadas en toda su estructura, que parece una filigrana, maravilla de arte exquisito. En una cripta, bajo estos mausoleos, reposan los restos mortales de cada uno de ellos, en sus primitivos ataúdes, velados por una lamparilla que no se apaga jamás. Carlos V y Felipe II, como los más ilustres y gloriosos monarcas españoles, deberían reposar en donde están sus estatuas, a ambos lados del altar mayor de la Iglesia. Carlos V a la derecha, donde fué la voluntad de Felipe II que se colocara a su padre, y él a la izquierda, que es el sitio que le corresponde, y donde por modestia, que le hace honor, no ordenó que se le enterrara. En otro compartimento de aquel recinto está la tumba de don Juan de Austria. Sobre un espléndido pedestal, en que por desgracia no se recuerdan sus glorias, pero sí su origen bastardo, está tendido el hermoso príncipe, abrazado de su espada gloriosa, que en Lepanto legó al mundo la civilización cristiana.

* * *

Las habitaciones privadas de Felipe II son muy modestas. «Voy a edificar un templo para Dios, dijo, y una celda para mí». La pieza que llamaremos su despacho es pequeña, con un solo sillón, con respaldo y brazos de madera lisa y asiento de brocato y oro, acompañada de la diminuta silla de doblar de igual tela, donde descansaba la pierna gotosa. Al centro, una mesa pequeña con un quinqué de bronce, y rodeando la muralla dos o tres cajas de madera forradas en cuero de Córdoba, simulando taburetes. Su dormitorio es una sala espaciosa, aireada por dos grandes ventanas que miran al cielo, y entre éstas su escritorio con librería adherida a la mesa de escribir; delante de ella, un sillón igual al del despacho, con idéntica silla de doblar para la pierna. Al frente, una ancha puerta descubre su alcoba con su cama en un catre de madera con cuatro columnas que sostienen una cenefa de brocato y oro, y colgaduras que caen recogidas sobre las columnas, semejando un palio; una colcha igual, y sobre el piso de ladrillos, restos muy destruidos de cuero de Córdoba repujado. Hay también una cómoda con un crucifijo encima, algunas sillas, imágenes en las paredes, y una lamparilla colgando del techo. Al frente de la puerta de entrada, y del otro lado del lecho, hay un arco abierto que la comunica con el oratorio, que es muy

pequeño, y en el que hay un altar. Una puerta que hay frente al arco y a la cama del Rey, abre hacia el altar mayor de la Iglesia, de manera que Felipe II, desde su cama, podía ver y oír la misa que se dijera en ese altar. Allí pasó sus últimos días y allí murió el 13 de Septiembre de 1598. En la gran sala a que está adherida su alcoba hay un retrato suyo y algunos pequeños de personas de su familia, cuadros religiosos y muebles sencillos, que más parecen para colocar libros que para ropa de uso personal. Contigua a esta habitación está la que ocupó en los últimos años de su padre, su hija la infanta Isabel, con su lecho de cortinajes en su cabecera, en una alcoba oscura, que abre su única puerta a una sala espaciosa, en donde se ve, sobre una mesa, un pequeño clave de plata labrada, un sofá con cojines y algunas sillas.

Comunicada con las habitaciones del monarca está la Sala de Embajadores, donde está el trono bajo un dosel tapizado de terciopelo rojo, con un enorme escudo español bordado de oro, en su fondo; una chimenea al lado, y sobre ella un magnífico retrato de Carlos V, y del otro lado del trono, uno de Felipe II, ambos del Ticiano. Espléndidos tapices cuelgan alrededor de la sala, y una gran cortina de iguales tapices cubre la comunicación con las habitaciones del monarca. El sillón del trono y las sillas que rodean la sala son lujosas, de madera dorada con terciopelo bordado de oro.

*
* * *

Dentro del Monasterio comencé por admirar un extenso patio llamado de los Evangelistas, rodeado de una hermosa arquería en sus dos pisos. En el centro hay un elegante templete de piedra con cuatro entradas encuadradas por columna; entre éstas, nichos con estatuas de los Cuatro Evangelistas, y delante de cada una de estas estatuas un estanque de agua con altos bordes de piedra. La parte superior de este templete está rodeada de una bellísima balaustrada de piedra y sobre ésta una cúpula. El resto del patio está cubierto de plantas y arbustos, algunas flores y muchos boj recortados en diversas formas.

En seguida visité la Biblioteca, que es otra de las maravillas de este monumento. Es una sala inmensa, abovedada y maravillosamente decorada con espléndidas pinturas en su cielo y en toda la parte superior de sus murallas; está rodeada de una soberbia librería de madera preciosamente tallada; sus puertas de vidrio y enrejado de metal resguar-

dan las obras, todas en pergamino, allí conservadas. En el centro de la sala hay mesas de mármol y bronce, sosteniendo elegantes vitrinas que encierran preciosidades: misales, el Corán que se trajo como botín de la batalla de Lepanto; el famoso «Código áureo», escrito en letras de oro sobre pergamino, monumento de arte bizantino con ciento sesenta y ocho hojas, cuyo oro pesa 17 libras; valiosísimos incunables y documentos muy interesantes.

Esta biblioteca comenzó teniendo cuatro mil volúmenes, casi todos manuscritos, regalados por Felipe II, anotados de su mano en un Códice que felizmente se conserva, y durante el reinado de este monarca llegó a tener más de diez mil, clasificados y anotados por su bibliotecario. Los libros más escasos descubiertos por hábiles bibliófilos fueron llevados allí; «una de las principales riquezas—decía Felipe II—que quiero dejar a los religiosos que en él hubieran de residir, como lo más útil y necesario».

El primer contingente que se aportó a la biblioteca de los cuatro mil volúmenes pertenecientes a Felipe II, todos o los más eran originales, escritos en hebreo, griego o latín, en castellano, toscano, portugués y valenciano, tratando de todas las facultades. Además, treinta y cinco volúmenes que, según se dice, tenía Felipe II sobre su mesa constantemente. Entre éstos se señalan las obras de Santa Teresa, Fray Luis de Granada, Aristóteles, Erasmo, etc., etc.

Hasta aquí sólo he recorrido una pequeña parte de este edificio colosal; pues del palacio mismo hay muchas otras salas y dependencias que no he visto; del Monasterio sólo he recorrido el patio de los Evangelistas y su espléndida biblioteca, pero no he visitado sus salas capitulares, sus aulas, sus claustros, sus celdas, sus refectorios, etc., etc., que abarcan todo un costado del edificio. Además, el Colegio ocupa gran parte del otro costado del templo, con todas sus dependencias, que consisten en una espaciosa sala de más o menos treinta y cinco metros de largo por nueve de ancho, llamada Paraninfo, que antes se llamó Paseo del Colegio, con plataforma y tribunas. Esta sala preciosamente decorada con figuras alegóricas de las Ciencias y las Artes, retratos de los grandes sabios, de los Padres de la Iglesia, de los Evangelistas y grandes Santos; las Virtudes Cardinales y pasajes de la Historia Sagrada. Capilla con todos sus accesorios. Gabinetes de Física, de Química, de Historia Natural, de Dibujo y de Música. Salas de clases de estudios y una de recreo, con una chimenea monumental. Habitaciones del director y profesores y cuatro grandes salas-dormitorios para los colegiales. Comedor, gimnasios, salas de esgrima y salas de baño, enfermería, guardarropas y servicios interiores. Este Colegio de San Lorenzo, instituido por Felipe II

en este Monasterio, concedía becas para niños pobres que se hubiesen distinguido en los restantes seminarios, proporcionándoles, no sólo la enseñanza gratuita, sino también alimentos y vestidos. El Rey obtuvo del Papa Sixto V que los estudiantes de San Lorenzo de El Escorial pudieran recibir los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor en las diversas facultades, como en cualquiera de las otras universidades del reino, y si lo merecían, los levantaba hasta las más altas dignidades.

Puede decirse que, aparte de los negocios de Estado, las dos preocupaciones de Felipe II fueron: la recta administración de justicia y el desarrollo de la cultura general en España y sus colonias.

En materia de enseñanza, comenzó por ser él mismo un perpetuo escolar, ya que en el año 1592, esto es, a los sesenta y cinco años de edad, asistía a las lecciones de cinco catedráticos, en Valladolid, volviendo a ellas poco después, acompañado del príncipe don Felipe, su hijo, y de la infanta Isabel. Y no satisfecho aún, mandó escribir un libro, en el que se desarrollaran las materias expuestas en esas lecciones.

Felipe II, no sólo se adelantó a su época en materia de enseñanza, sino que puso en práctica procedimientos que hoy se preconizan como un adelanto novísimo, pero difíciles de implantar. Creó la Inspección Escolar en la primera enseñanza, disponiendo que los jueces visitaran las escuelas, para ver si los maestros cumplían con su deber, «hacen bien su oficio, y si son aptos para dicho arte», son sus palabras.

Su interés por la instrucción lo llevó hasta Inglaterra, pues durante su matrimonio con María Tudor se fundó en la Universidad de Cambridge una Escuela Médica, que fué la tercera en extensión de las que formaban parte de esta Universidad.

Estableció los pensionados al extranjero. Envío a América a su propio médico, el sabio toledano Francisco Hernández, para que examinara la fauna y la flora, y con idéntica misión partió también Francisco Domínguez. Envío a Alemania, Arabia y otros países a médicos y herbolarios, a los que acompañaban pintores, para que relataran y reprodujeran cuanto descubrieran por dichos Estados. No contento con todo esto, escribió una larga carta al Virrey de México, diciéndole:

«Os encargamos que con diligencia os hagáis luego informar de cualquiera persona, así legas como religiosas, que en el distrito de su Audiencia hubiesen escrito o recopilado o tuvieran en su poder alguna historia, comentarios o relaciones de alguno de los descubrimientos o conquistas, entradas guerras o facciones de paz y de guerra, que en esas provincias o parte de ellas hubiese habido desde su descubrimiento hasta los tiempos presentes, asimismo de la religión, gobierno, ritos y

costumbres que los indios han tenido y tienen, haciendo buscar lo sudicho en los archivos, oficios y escritorios de los escribanos, y lo que se hallare originariamente, si se pudiere y si no la copia dello, daréis órdenes como se nos envíe en la primera ocasión de flota».

Felipe II fundó el famoso archivo de Simancas, cuando sólo contaba treinta y seis años de edad, y más tarde la Academia de Ciencias Exactas, la primera de Europa en aquel tiempo.

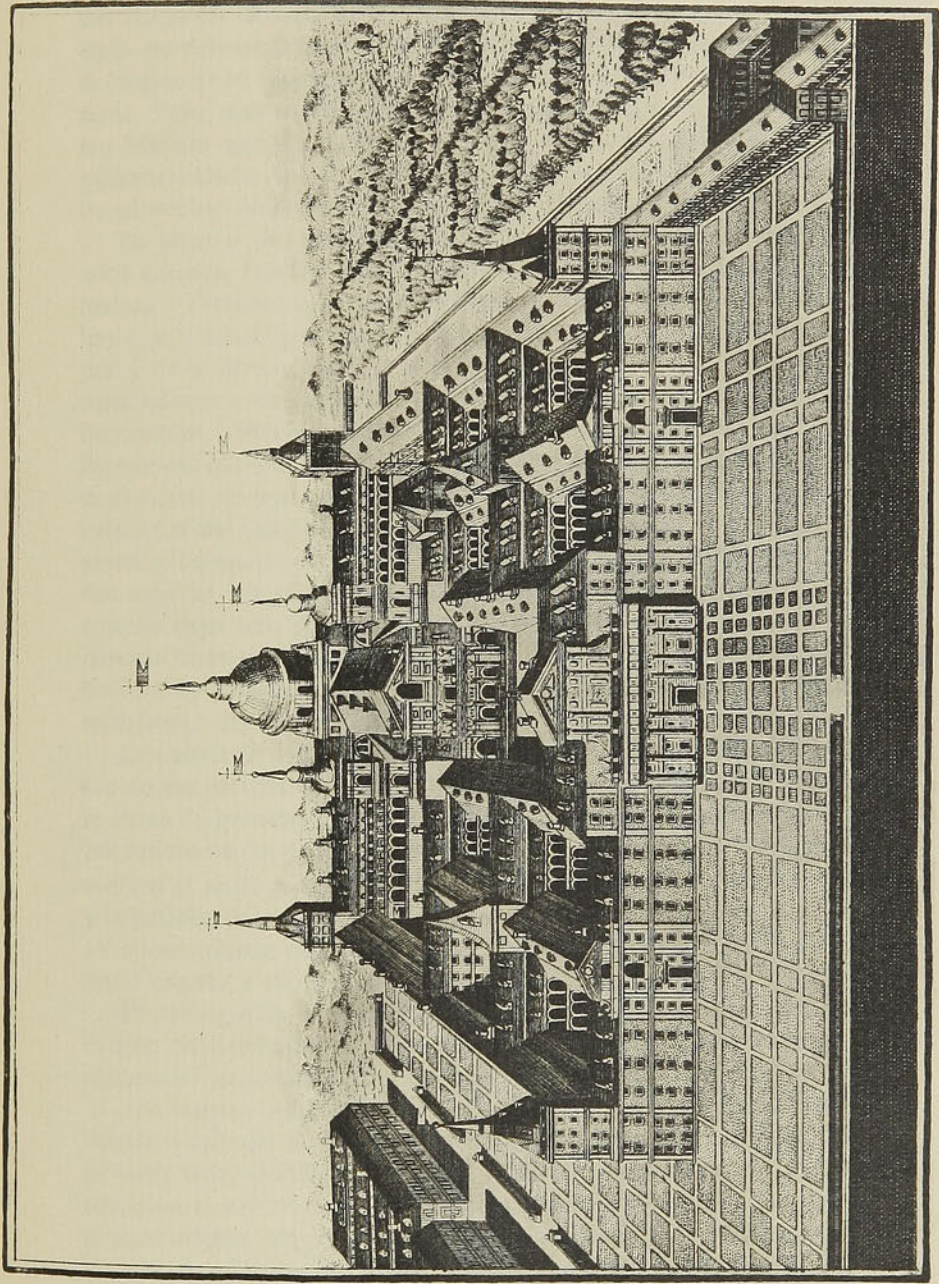
* * *

Estas manifestaciones superiores de la cultura intelectual de Felipe II avivaron en mí el deseo de conocer más a fondo este monarca, y me impuse la tarea de indagar todo lo que pudiera ilustrarme a este respecto y me permitiera penetrar en su espíritu y, si posible fuera, hasta el fondo de su alma.

La modestia de sus habitaciones privadas, que contrastan con el lujo del resto del palacio, revelan, en verdad, el carácter sombrío que se le atribuye, pero hay que conceder grande influencia a su educación personal y a las costumbres de su casa y de su época. Por lo demás, en hombres subalternos la severidad de sus departamentos interiores parecería vulgaridad de gustos e inclinaciones; en hombres como Carlos V y Felipe II, ella revela únicamente su natural desdén por las grandezas exteriores.

Carlos V hizo edificar un palacio soberbio que dejó inconcluso, al lado de la Alhambra, rivalizando en esplendor con las construcciones moriscas; pero no ha dejado otro recuerdo de grandeza en sus hábitos de vida, la que finalizó en un convento. Felipe II, más refinado que su padre, hijo de madre bellísima, heredó algo de su belleza, aunque pequeño de cuerpo. La suavidad de su expresión, según se ve en el hermoso retrato del Ticiano que se conserva en el Museo del Prado, revela maneras finas y delicadas. Se cuenta que este retrato fué hecho para enviarlo a la Reina María Tudor, que lo solicitaba, y ella al recibirlo preguntó al Rey por qué estaba destocado; el galante esposo contestó que no quería mostrarse cubierto delante de la Reina.

El amor que supo inspirar en sus primeros años a su esposa María de Portugal, como después a la Reina María Tudor, ponen de manifiesto sus atractivos personales, y en cuanto a su tercera esposa, Isabel de



Vista general del Monasterio de El Escorial.

Grabado del siglo XVII.

Valois, tan difamada por autores dramáticos en busca de efectos teatrales, cartas recién publicadas de esta Reina a su madre Catalina de Médicis revelan un profundo amor por su marido, que le hacía soportable la tristeza de su residencia en Balsain, desde donde le escribía, añadiéndole: «Pero, señora, os aseguro que tengo un marido tan bueno y soy tan feliz que aunque este sitio lo fuese cien veces más feo, no me disgustaría». Doña Ana de Austria, su cuarta esposa, en una enfermedad de su marido ofreció a Dios su vida en cambio de la de su esposo.

La ternura de alma por sus hijos la revelan sus cartas dirigidas a ellos mismos. Desde Lisboa escribe a sus hijas enviándoles algunas golosinas: «También van allí unas rosas y azahar para que veáis que las hay acá, y así es que todos los días me trae el calabrés ramilletes de lo uno y de lo otro, y muchos días de violetas». En otra: «Siempre deseo responderos y nunca puedo, y menos ahora que son las once y aún no he cenado». «Mucho holgué—dice en otra—con vuestras cartas y con las nuevas que me dáis de Aranjuez. Y de lo que más soledad he tenido es el cantar de los ruiseñores, que ogaño no los he oído por estar esta casa lejos del campo». Y esta otra: «Pareceme que se da mucha prisa vuestro hermanico a salirle los colmillos; deben de ser en lugar de dos que se me andan por caer y bien creo que los llevaré de menos cuando vaya ahí; y con que no sea más que ésto se podrá pasar». Y muchas otras que ponen de manifiesto su ternura de padre, su afición a las flores y al canto de los pájaros, que no son, por cierto, cualidades de un hombre sombrío y taciturno.

La constante sumisión a la voluntad de su padre hasta en el dominio de sus afectos, revelan en él buen carácter y bondad de alma. Si se le acusa de grandes crueldades inexcusables hoy, debe atribuírseles sobre todo a su época y a las persecuciones religiosas, que sirvieron para unificar el reino por medio de la fe, siguiendo los consejos de su padre y la política de sus abuelos, lo que hizo decir a Cánovas del Castillo: «Y ahora cúlpese cuanto se quiera aquel fanatismo religioso por el cual hubo España y sin el cual no la habría».

El distinguido escritor inglés Martín Hume, que en su libro *Spanish People* condena apasionadamente la política de Felipe II, sin embargo, al apreciar su carácter y las condiciones de su espíritu, dice:

«Su intensa individualidad se concentraba en la idea de adquirir distinción a los ojos de Dios por medio de su sacrificio personal. Durante su larga vida, el trabajo afanoso y paciente, la abnegación, la humilde sumisión al sufrimiento y el ascetismo estático, fueron su dote. El dolor, el vencimiento, las privaciones, los contratiempos que habrían aniquilado a la mayoría de los demás hombres, pasaban sobre él sin rozar si-

quiera su marmórea serenidad. Estos padecimientos creía que Dios se los enviaba especialmente a él para someterlo a prueba y para distinguirlo de los demás hombres por la amargura de sus sacrificios, únicamente por alcanzar más tarde mayor gloria para Dios, a quien servía, y por la suya propia. Era afectuoso de corazón, buen padre y marido excelente, mandatario considerado e indulgente, sin inclinación natural a la crueldad».

Su cultura intelectual se pone de manifiesto al ver la biblioteca formada por él en El Escorial y en la atención que prestó a la enseñanza en el Colegio fundado por él allí.

En cuanto a su espíritu de justicia, bien lo demostró durante su reinado. Antonio Tiépolo dice en una de sus cartas: «Este monarca es tan estricto observador de la justicia, que se le moteja de severo». En lo que se refiere al nombramiento de los llamados a administrarla, recomendaba: «Importará mucho no se elijan por ruegos ni intersecciones, de que hallaréis buen recaudo, sino por méritos y calidades de cada uno. Tendréis gran cuenta en saber si los del Consejo u otros ministros de Justicia reciben dádivas y si guardan el secreto que deben, y viven con el buen ejemplo que es razón; porque en cualquiera de esas cosas que falte sería de gran inconveniente, y convendría castigarlo y remediarlo».

En sus territorios de América dispuso que: «los indios sean enseñados y vivan en paz». En una cédula real decía: «Para servir a Dios Nuestro Señor y al bien público de nuestros reinos, conviene que nuestros vasallos, súbditos y naturales, tengan en ellos universidades y estudios generales, donde sean instruidos y graduados en todas ciencias y facultades, y por el mucho amor y voluntad que tenemos de honrar y favorecer a dichos súbditos y desterrar de ellos las tinieblas de la ignorancia, creamos y fundamos estudios generales en las ciudades de Lima y México, mandándose que se les dote del mismo Estatuto y organización que las de Salamanca y Alcalá, etc.»

La legislación de Indias aspiró a la organización superior de la sociedad perfecta, implantando los sistemas más progresistas. Era aquél, a la vez, un trato paternal; baste decir que a los indios que vivían en lugares fríos o zonas calientes, se prohibía se les obligara a trabajar por fuerza y que llevaran cargas pesadas, «aunque sea con su voluntad», añade. Prohibíase el trabajo a los indios menores de 18 años, estableciéndose para éste y otros menesteres la Inspección del Trabajo, que hoy nos parece una novedad.

Por lo que respecta a los Virreyes, se les reglamentó estrictamente su actuación, obligándoles a presentar un minucioso inventario de todos

sus bienes, para averiguar el capital que tenían al dejar el mando. No se les permitía ejercer industrias, ni tener comercio ni explotación de ningún género, casar a sus hijos en territorio de su gobierno ni en los colindantes, ni podían colocar amigos, ni se consentía les acompañasen sus yernos. Como prueba de esto recordaremos que el Virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, contrariando estas disposiciones, mandó a su hijo don García a ocupar el cargo de gobernador de Chile, y a pesar de ser el Virrey Grande de España, y de pertenecer a la poderosa e influyente familia de Mendoza, ambos fueron separados de sus cargos y tuvieron que someterse ambos al juicio de residencia, por esta infracción.

Sería largo enumerar todo lo que hizo por implantar su espíritu de justicia en la legislación destinada a sus territorios de América.

* * *

Las aficiones artísticas de Felipe II se dejan ver en todo lo que él nos ha dejado. En el Palacio de Aranjuez desvió el Tajo para rodear con él su residencia real, deslizándolo tranquilo hasta besar los pies de su palacio, circundar sus jardines, y caer en cascadas a la vista de sus magníficas explanadas. En la Armería Real se conservan su yelmo y corazas, que son preciosas joyas del trabajo artístico más refinado. Donde quiera que se vea un objeto obsequiado por él, como la urna que encierra los restos de Santa Leocadia, en la Catedral de Toledo, lleva el sello de su distinción y gusto exquisito. Sus biógrafos nos cuentan que el arte fué una de sus preocupaciones, y al fundar el Colegio de San Lorenzo dispuso que: «se lean Artes y Teología, ordenando que en la elección de veinticuatro colegiales, doce sean artistas, y de los treinta que dota, quiere que doce de los que tuvieren habilidad oigan las Artes y que de los tres catedráticos, uno lo sea de Arte».

El sabio alemán Justé, de la Universidad de Bohn, dice de Felipe II: «Alentaba en su alma la pasión y los sentimientos del artista». Y el distinguido crítico español Beruete que: «el gran paso que dió la pintura en todos los géneros durante el siglo XVI, se debe a la intervención personal de este monarca, que siendo príncipe se relacionó en Italia,

en Alemania y después en Flandes con varios artistas, trabó estrechas relaciones con dos de ellos, que habrían de influir después poderosamente en el desarrollo de la pintura española; fueron éstos: un holandés, Antonio Moro, y un italiano, el Ticiano. Moro vino a España con Felipe II, fué el pintor de éste, y a él se debe el origen de la escuela de retratistas españoles. Ticiano no vino a España, pero tal era la admiración que por él sintió Felipe II que vinieron sus obras, y hoy, merced a aquel monarca, cuenta España con la mejor colección de lienzos del Ticiano que existe en el mundo, sembrando la semilla que habría de traernos el siglo de oro de la pintura nacional». Se refiere que la primera vez que se encontraron Felipe II y el Ticiano, le hizo aquél sentarse a éste antes que él mismo. Don Felipe estrechaba efusivo la mano del pintor, y éste contestaba a una carta que de su puño le había escrito el príncipe, diciéndole: «Esta carta me ha rejuvenecido, y desde hoy tiene para mí más precio el resto de mi vida que me queda, porque puedo consagrarla al servicio de Vuestra Alteza. No tengo en mis labios otro nombre que el del gran Felipe, mi Señor». Entonces tenía el Ticiano 75 años, y el príncipe don Felipe sólo contaba 27. Adquirió lo que mejor sabía pintar el Ticiano: los desnudos; y este monarca, indudablemente austero y severamente religioso, admira y coloca en lugares bien visibles los desnudos, porque en ellos sólo veía la magnificencia del arte, aunque revelada en forma pagana. No gustó Felipe II de la manera de pintar del Greco, y el Padre Sigüenza, refiriéndose a su cuadro de San Mauricio, que no agradó al monarca, agrega: «No es mucho, porque contentó a pocos, aunque dicen que es de mucho arte, y que su autor sabe mucho». Sería largo enumerar la larga lista de artistas llamados por Felipe II para la realización de sus propósitos artísticos en El Escorial. Bastará nombrar a Tibaldi, el más querido discípulo de Miguel Angel, quien pintó el techo de la Biblioteca, al Tintoreto, al Veronés, al divino Morales, Zúcaro y cuantos artistas distinguidos y sobresalientes había en Europa, tanto pintores como escultores.

Todo esto nos prueba que Felipe II supo vivir desarrollando toda la superioridad de su cultura y su talento, y con la magnificencia de su rango; pero en el ocaso de su vida, llevando sobre sus débiles hombros el peso de un mundo, y luchando con las dolencias físicas que le aquejaban, se comprende que buscara un refugio contra las pasiones de la vida cortesana, un alivio para su alma atormentada, y un sepulcro donde descansar en Dios. Como su padre, quiso finalizar su vida lejos del mundo y cerca del Cielo, pero más artista que él, quiso hacerlo dentro de un palacio que fuera un monumento consagrado a exaltar la gloria



Escorial. Patio de los reyes.

de Dios y la grandeza de su reino, a honrar la memoria sagrada de su padre, y a perpetuar su reconocimiento a San Lorenzo, que le dió el triunfo de San Quintín, en su día.

*
* * *

En una conferencia leída el año pasado en Madrid, el catedrático Pérez Mínguez, refiriéndose a Felipe II, decía:

«Ese carácter que se tradujo en su tenaz constancia de ordenar rectamente la administración de justicia, en allegar libros y más libros a sus magnas bibliotecas, en traer a España los pintores más excelsos de la Europa culta, en impedir se extendiera la herejía por España, en recabar para sus Estados las mayores preeminencias, etc., etc., tenía también que traducirse en ocasiones en enérgicas actitudes frente a personas que no respondían a los dictados de quien sobre sí llevaba el peso de las responsabilidades anexas al gobierno más poderoso de la tierra».

No es de extrañarse entonces que se hayan levantado contra Felipe II acusaciones tan calumniosas como injustas, y que éstas se hayan sostenido hasta hoy, que se comienza a hacer publicaciones para refutarlas

De entre éstas, tal vez la más divulgada es la imputación que se le hizo de la muerte de Escobedo, el secretario de don Juan de Austria. Pero hoy está perfectamente comprobado que ésta fué la obra exclusiva de Antonio Pérez, secretario de Felipe II, hombre astuto, intrigante y ambicioso, que, sin embargo, supo adueñarse de la voluntad del Rey, que tenía puesta en él toda su confianza.

Antonio Pérez era un portugués de antecedentes poco honorables por su nacimiento y relajada vida, de manera que el monarca puso resistencia para que él reemplazara a su padre en el puesto que éste dejó vacante con su muerte; pero cedió al fin a las súplicas de Ruy Gómez de Silva, noble portugués que trajo a España como paje suyo la Emperatriz Isabel, madre de Felipe II, y que fué el compañero de su infancia y su más fiel amigo hasta su muerte. Acaecida ésta, Antonio Pérez quiso reemplazar su apoyo buscando el de don Juan de Austria, que estaba en Flandes, y con este fin quiso adueñarse de su secretario, pero con tan mala suerte que Escobedo, colocado allí por él, se encariñó con don Juan y no con él. Aprovechándose de un viaje de Escobedo a Madrid, intriga con el Rey para evitar que vuelva al lado de don Juan, diciéndole que Escobedo era el hombre funesto que ayudaba y empujaba

los propósitos de don Juan, que no eran otros que destronar a Felipe II. A la vez intriga con don Juan, a quien trata de halagar, descubriéndole secretos de Estado, para captarse, como se captó, su buena voluntad. No pudiendo retener por más tiempo a Escobedo en Madrid, dos veces lo hizo envenenar, y como en la última cayó enfermo, se descubrió el tóxico, se culpó a una esclava negra del propio Escobedo, y fué ahorcada la inocente en la plaza Mayor de Madrid. Agradecido Escobedo del interés manifestado por la princesa de Eboli durante su enfermedad, fué a darle las gracias, y al entrar en la estancia de doña Ana, sorprendió a ésta en íntimo coloquio con Antonio Pérez. Como antiguo servidor de su esposo Ruy Gómez de Silva, Escobedo se indignó e increpó duramente a la princesa y a Antonio Pérez, amenazándoles con descubrir la felonía al monarca. La princesa, enfurecida, exclamaba: «Los escuderos no tienen que decir en lo que hacen las grandes señoras». Pocos días después Escobedo fué apuñalado por uno de los secuaces de Antonio Pérez en plena calle de Madrid.

El «pomposo y odorífero portugués», como se le llamaba al secretario por sus aires de importancia y por su excesivo uso de perfumes, logró enamorar a la viuda de su protector y compatriota, doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, mujer de gran linaje y cuantiosa fortuna, pero tuerta, lo que la obligaba a llevar siempre una venda negra sobre el ojo perdido. De esposa modelo que lo fué durante su matrimonio, viuda a los treinta y tres años, «empañó su esplendor al convertirse en intrigante cortesana». Sus relaciones con Antonio Pérez llegaron a tal escándalo, que su hijo, el duque de Pastrana, formuló quejas diciendo textualmente: «que siente mucho que sea Antonio Pérez todo el gobierno de la casa de su madre, con todo escándalo, y es el dueño de ella, porque el contador y secretario que tiene es por mano de Antonio Pérez y todos los presentes que de sus lugares han venido se los ha enviado públicamente esta Pascua a Pérez, y más una tapicería que vale más de cuatro mil ducados». Impuesto de ello Felipe II, ordenó que se abriera una información acerca de la conducta de Antonio Pérez y la princesa de Eboli, y de la parte que hubiese tenido en la muerte de Escobedo. Resultaron gravísimos cargos contra el secretario por su venalidad, lujo y corrupción de costumbres, y contra él mismo y la princesa de Eboli por su escandalosa intimidad, atribuyéndoseles a ambos la muerte de Escobedo. El Rey se limitó a nombrar una Junta o Consejo tutelar a la de Eboli, a fin de defender los intereses de los hijos de su fiel amigo Ruy Gómez de Silva. Instruido por ésta el juicio contra Pérez, obligósele a éste a devolver a los hijos de Ruy Gómez más de dos millones de maravedís, en que se calculó importaban las cantidades y re-

galos recibidos por Antonio Pérez de la Eboli. La Corte entera acusó como directores inductores de la muerte de Escobedo a Antonio Pérez y a la princesa de Eboli, y el alferez Antonio Enríquez, uno de los asesinos de Escobedo, escribió al monarca denunciando a Pérez como instigador del crimen.

En el proceso criminal contra Antonio Pérez, éste sólo «confesó, después del período tormentorio, que había dicho a su Majestad muchas cosas falsas tocantes a don Juan de Austria y secretario Escobedo, y lo había hecho para perder a éste».

El Rey, irritado ante la temeridad de su antiguo secretario, rehuyen- do respuestas cuando se llegaba a precisar las causas de la muerte de Escobedo, escribió al magistrado encargado de interrogarle: «Podéis decir a Antonio Pérez de mi parte, y si fuere menester enseñarle este papel, que él sabe muy bien la noticia que yo tengo de haber él hecho matar a Escobedo y las causas que él me dijo había para ello. Y porque a mi satisfacción y a la de mi conciencia conviene saber si estas causas fueron o no bastantes, que yo le mando que las diga y dé particular razón y muestra y haga verdad las que a mí me dijo, de lo que vos tenéis noticias, porque yo os lo he dicho particularmente; para que habiendo yo entendido las que así os dijese y razón que él diere de ello, mande ver lo que en todo convendría hacer».

Esta carta se publicó íntegra en el proceso, pero Antonio Pérez escribió más tarde su defensa que titula «Relaciones», donde reproduce esta carta con tanta felonía, que transforma audazmente lo escrito por el Rey de esta manera: «Podéis decir a Antonio Pérez que ya sabe cómo *yo le mandé matase a Escobedo* por las causas que él sabe, que, a mi servicio, conviene que las declare, etc.». Cuando salió a la luz esta edición, Felipe II había muerto.

«Sobre ese inmenso truco de palabras, dice Pérez Mínguez—de cuyo libro tomo todos estos datos—, se ha degradado, por siglos, a España en la persona de su Rey Felipe II».

No es de extrañarse, pues, que el proceso terminara imponiendo al infiel secretario la pena de la horca, por venalidad y corrupción, infidelidad en el cumplimiento de sus deberes como secretario del Rey, revelando a la princesa de Eboli y a otros, secretos de Estado, y, en fin, por haber cometido la muerte de Escobedo, para satisfacer agravios personales.

Antonio Pérez logró evadirse, ayudado por sus amigos, y en sus «Relaciones» agrega otra infamia cuando ve perdido su infausto pleito; sólo entonces, como si su palabra fuera suficiente, se decide a manifestar que la persecución de que es víctima tiene por origen la envidia

del Rey por haber sido Pérez, y no el monarca, el distinguido por la Eboli.

«No puede citarse documento público, privado o contemporáneo auténtico—agrega Pérez Mínguez—que deje entrever siquiera tal versión, versión que en aquella época de menos pureza que hoy, de costumbres mucho menos austeras que actualmente, no revestía la gravedad de hoy, y eran transmitidas a todas las cortes con toda desnudez y detalles».

Precisamente la austeridad de su vida le ha enajenado a este monarca muchas simpatías. La humanidad gusta descubrir en los grandes esas pequeñas flaquezas que a todos nos igualan. En el mismo Jesucristo, que es la perfección suprema, nos atrae poderosamente la pasión espiritual que inspiró a María Magdalena, la sublime pecadora que lo ungió en vida con sus perfumes, lo lloró de rodillas al pie de la Cruz y, para consolarla, fué ella la única mujer de quien Jesús se dejó ver resucitado.

Triste es decirlo, pero la verdad es, que el libro de un trompeta y de un falsario, como Antonio Pérez, ha servido de información para gran parte de lo que se ha escrito sobre Felipe II, lo que, con justicia, hizo decir a Menéndez Pelayo: «Que en las aulas, en los círculos literarios y hasta en el hogar de la familia, se nutre la juventud con el fruto de las mentiras de tres generaciones, la Protestante, la Enciclopedista y la Ecléctica o Doctrinaria».

*
* * *

Se le ha acusado también a Felipe II de rivalidades y crueldades con su hijo el príncipe don Carlos, hasta ocasionarle la muerte; pero la reciente publicación de documentos fidedignos viene a destruir esas falsas inculpaciones. Don Carlos nació perturbado, como bien lo prueban infinitos documentos.

En el archivo de Simancas existen memoriales elevados a Felipe II, en los que Gaspar de Castro pide que se le atienda, como hijo que era de Isabel de Ortega, nodriza del príncipe, a quien éste cortó el pecho a mordiscos, de que falleció. Esta misma operación la repitió con tres nodrizas.

Años más tarde, el Embajador de Venecia dice de don Carlos, cuando éste tenía once años: «Tiene un carácter cruel; goza con ver despedir vivas a las liebres y otros animales de caza; un día le mordió una

tortuga e inmediatamente le arrancó la cabeza con los dientes; cuando se encuentra sin dinero da cuanto tiene para lograrlo, medallas, trajes, etc. Todo en él denota que será extraordinariamente orgulloso; cuéستale trabajo tener en la mano la gorra mucho tiempo en presencia del Emperador o de su padre».

Otro veneciano, el Embajador Miguel Suriano, escribía: «El príncipe don Carlos es osado, astuto, cruel y ambicioso».

Cuando ya contaba veintidós años este príncipe, Antonio Tiépolo dice, entre otras cosas: «Está poco desarrollado, marcha encorvado, parece tiene debilidad en las piernas, se fatiga mucho en subir a caballo, es precipitado. No estima a los grandes, creyendo que nadie en nada lo puede igualar. Venía haciendo una vida honesta, pero ahora se ha abandonado a todos los desórdenes».

Su maestro de estudios, Honorato Juan, le comunica a Felipe II que como estudiante es una verdadera desdicha. «Hasta ahora—dice—no sé que los médicos hayan tratado de dar ninguna cosa al príncipe para la cólera, ni yo lo consintiera hacer sin dar primero cuenta a Vuestra Majestad».

El Rey, su padre, confiaba sin embargo en que el tiempo haría variar la condición de su hijo, y, desde Flandes, aconsejaba a su maestro que cuidara de quién rodeaba al príncipe, distrayéndolo de sus estudios.

A pesar de todo, en 1560 es reconocido don Carlos como heredero al Trono y se organiza su casa independiente de la de su padre. Nadie quería estar cerca del príncipe, porque a los grandes abofeteaba, a un zapatero le hizo comer unas botas en pedacitos por habérselas dejado estrechas, hizo azotar un niño por haberse asomado a los jardines del Palacio; en fin, son inacabables las pruebas de su mal carácter y desequilibrio mental.

En 1566 estalló la conjuración de los Países Bajos, y Felipe II acordó enviar al Duque de Alba para reducirlos. El príncipe protestó airadamente, pues, con anterioridad, el monarca había pensado enviar a su hijo, pero, en vista de las condiciones poco recomendables de su carácter, resolvió desistir.

Un año después, en vista de que las Cortes exigieron del Rey acudir a Flandes, don Carlos promovió una violenta escena en que amenazó a los procuradores que tal aconsejaban, y su actitud era tan airada que todos presentían una catástrofe. Actitud y excitación que se aumentó cuando su padre resolvió partir para Flandes, y se exteriorizó recorriendo de noche las calles de Madrid dudoso, enmascarado y con barba postiza.

Felipe II se hallaba en El Escorial en esta angustiosa situación, cuando llegó al real sitio, más muerto que vivo, don Juan de Austria, quien refirió a su augusto hermano cómo don Carlos reclutaba gente y le había pedido a él, al propio don Juan, que le acompañara en la empresa de ir a Flandes, a espaldas y contra la voluntad de su Rey y padre.

Esto obligó a Felipe II a constituir en prisión en su propio palacio a su hijo don Carlos, lo que comunicó en seguida a todo el reino, al Sumo Pontífice y a las Cortes extranjeras.

Con gran aflicción escribe Felipe II a su hermana la Emperatriz de Austria: «Las cosas del principal han llegado tan adelante y venido a tal estado, que, para cumplir con las obligaciones que tengo a Dios, como príncipe cristiano, y a los reinos y estados que ha sido servido poner a mi cargo, no he podido recusar de hacer mudanza en su persona y recogerle y encerrarle. El dolor y sentimiento con que habré hecho esto Vuestra Majestad lo podrá juzgar por el que yo sé que tendrá del tal caso como madre y señora de todos. Más, en fin, yo he querido hacer en esta parte sacrificio a Dios de mi propia carne y sangre, y preferir su servicio y beneficio y bien universal, a las otras consideraciones humanas».

Don Carlos continuó en el encierro, mostrándose tan anormal o más que antes, abofeteando y amenazando de muerte a cuantos se oponían a sus caprichos. No podía hacerse esperar el fin del infortunado príncipe.

Pocos días después escribía en carta confidencial el conde de Lerma, designado por Felipe II para custodia de su hijo, a su suegro el entonces general de la Compañía de Jesús, más adelante San Francisco de Borja, lo siguiente: «De la muerte del príncipe tengo que decir a vuestra Paterinidad cómo fué gran misericordia de Dios dársele tan buena, habiéndosela procurado él con pasar sin comer quince días, aunque al cabo de los once, persuadido de su confesor y del médico quiso comer y desèó vivir, y no hubo lugar a lo uno ni a lo otro, porque se habían cerrado de manera las vías por donde comemos, que no podía pasar apenas un poco de caldo, y con los excesos que había hecho en los once días, se le había acabado el calor natural, de manera que no pudo gustar un trago de caldo, porque bebía cada día cuatro a cinco azumbres de agua de nieve, que bastaba a matar mil hombres de acero. En fin, le dijeron que no podía vivir, y entendido ésto se confesó y recibió todos los sacramentos y extremaunción, con gran dolor y contrición de sus pecados; y de esta manera vivió tres días, haciendo gran demostración de cristiano y pidiendo, a voces, a Dios, misericordia y a su padre perdón, y su bendición».

Se han publicado también muchas otras cartas confidenciales, escritas por contemporáneos, del suceso, y muy dignos de crédito, narrando los hechos en la misma forma que en ésta, lo que confirma su exactitud, agregando que el Rey le otorgó su perdón y bendición.

Nadie pensó entonces que la muerte del príncipe fuera ocasionada violentamente por nadie; pero luego la fantasía de los escritores románticos del país y del extranjero, ávidos de producir impresiones dramáticas, desfiguraron los hechos a su antojo.

Entre otros, Alfieri, lo hace suicidarse; Schiller, prefiere que el Rey comisione para asesinarlo al Gran Inquisidor, «avezado, sin duda, en matar príncipes»; Brantome lo hace perecer ahogado con una toalla; Forquerraault lo supone víctima de un brebaje, etc., etc. Schiller llega hasta afirmar como causa de celos del Rey, por amores de su hijo don Carlos con su esposa Isabel de Valois.

Para desmentir esta calumniosa fantasía basta la aseveración del Arzobispo Di Rossano, que fué más tarde el Papa Urbano VII, quien se mostró tan enemigo de Felipe II. Al recoger este Arzobispo en su ministerio lo ocurrido al morir don Carlos, dice que en la lista en que este príncipe ponía los nombres de sus enemigos figuraba, a continuación del Rey, Ruy Gómez y el Duque de Alba, la propia Reina Isabel.

Si me he extendido tanto en destruir estas falsas inculpaciones hechas a Felipe II es, precisamente, por ser éstas las más divulgadas por escritores y dramaturgos, y recogidas por sus adversarios políticos y los enemigos de su fe, y a la vez por ser éstas las más inexactas y calumniosas de las fraguadas en contra de este gran monarca.

En el hermoso libro de Bertrand sobre Luis XIV, publicado hace poco, encuentro observaciones que vienen a confirmar las que se han hecho al tratar de restablecer en debida forma la gran figura de Felipe II.

«Los peores obstáculos que he encontrado —dice Bertrand— han sido la resistencia, por no decir la hostilidad, de una parte del público y el monstruoso caudal de errores y de prejuicios que desfiguran la personalidad de Luis XIV, que sería necesario destruir antes de emprender su retrato.

»Toda esa parte de nuestra historia hay que rehacerla; ha sido falseada ignominiosamente por el espíritu de partido, aliado a la ignorancia y a la torpeza. La historia de las naciones católicas —y sobre todo la de España— es un conjunto de lastimosas necesidades.

»A sus enemigos naturales y abiertamente declarados es necesario agregar los enemigos solapados o inconscientes, los mediocres y los celosos, aquellos que tienen horror a la gloria y a toda grandeza y que,

desde los limbos de su mala conciencia, repiten en voz baja: «éste nos desagrada porque resplandece».

Si esto ha pasado en Francia un siglo después con la figura de Luis XIV, el Rey Galante, en medio de una Corte brillante y refinada, y en un ambiente libre de prejuicios conventuales y de mayor cultura general, cuánto mayores habrán sido esas resistencias para hacer la debida justicia a la figura histórica de Felipe II, Rey austero, que al gobierno de sus inmensos dominios tuvo que agregar la formación de un mundo nuevo, que luchar contra los enemigos de su fe y que sofocar insurrecciones para mantener la unidad de su inmenso reino.



Felipe II tuvo la satisfacción de ver terminada la obra magna a que había dedicado toda su alma y buena parte de su vida. Comenzó a edificar El Escorial en 1563 y logró poner la última piedra el 13 de Septiembre de 1584, y catorce años después, falleció en esta misma fecha. El vigiló personalmente la construcción de El Escorial, después de elegir su ubicación en un sitio donde sólo había escoria, para transformarlo en la octava maravilla del mundo. Hizo trazar sus planos a Juan Bautista de Toledo, su arquitecto mayor, y más tarde continuó su construcción el famoso Juan de Herrera, pero bajo su estricta supervigilancia. Hasta hoy se señala la piedra que sirvió de asiento al monarca, en una altura inmediata, desde donde vigilaba su progreso y dirigía sus detalles, cuidando hasta del bienestar de los operarios, recomendando «que no los sacasen de su paso e hicieran de modo que lo que ganasen, más pareciese donativo que jornal».

En pleno siglo XVI, Felipe II estableció, por un Edicto Real, la jornada de ocho horas. «Todos los obreros—se decía—de las fortificaciones y las fábricas trabajarán ocho horas al día, cuatro por la mañana y cuatro por la tarde; las horas serán distribuídas por los ingenieros según el tiempo más conveniente, para evitar a los obreros el ardor del sol y permitirles el cuidar de su salud y su conservación, sin que falten a sus deberes».

En el propio Edicto se establece que haya un mercado para los obreros, al cual no podrían acudir los demás compradores hasta surtirse los obreros. También se dispone que se les pague los días de fiesta, aunque no trabajen. Se atendían también a los accidentes del trabajo: «Si el trabajador se descalabrara—decíase—que se le abone la mitad del jornal mientras dure la enfermedad».

Sobre todo llama la atención que, por cédula real, se concediera a los obreros diez días de licencia, percibiendo íntegro su salario.

Estas leyes sociales que hoy se estiman como fruto de los gobiernos democráticos fueron instituídas hace cuatro siglos por el más autocrático de los gobiernos y el más poderoso de los monarcas.

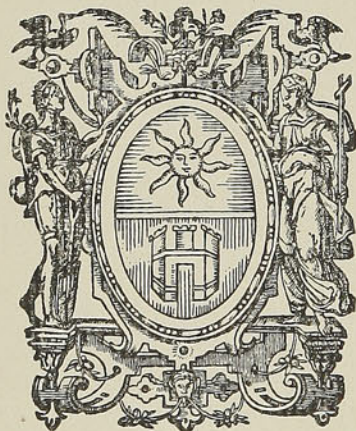
El Escorial, grandioso, austero, magnífico y solemne; de exterior tétrico y severo, pero suntuoso, refinado y artístico en su interior; colosal e imponente en su conjunto; es, pues, la vera efigie de este gran monarca.

Esta fué su obra, concepción genial en la que ha puesto el sello indeleble de su gran carácter, de su talento soberano, de su cultura superior, de su espíritu religioso, de la austeridad de su vida, de su alma atribulada y de la magnificencia de su reinado.

Martina Barros de Orrego

Antofagasta, Julio de 1926.

❧ LAVS DEO. ❧



ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN MADRID, EN
LOS TALLERES DE ARTES GRÁFICAS "LANGA Y
COMPAÑÍA", EL DÍA 15 DE MAYO, FIES-
TA DEL GLORIOSO SAN ISIDRO,
PATRÓN DE MADRID, DEL
AÑO DEL SEÑOR DE
MCMXLIV.



